

El trabajo y sus sentidos: aportes de un grupo de reflexión

Juan Brunno

Trabajo y malestar en la cultura

El verbo «trabajar» proviene del latín vulgar «tripaliāre» ‘torturar’, derivado del latín tardío «tripalium» ‘instrumento de tortura medieval compuesto de tres maderos’. En este caso, antiguamente se usaba la palabra trabajo para referirse al sufrimiento. Posteriormente, adoptó el significado de ‘esfuerzo’ en general y aplicado a la producción de alguna riqueza. Es en este marco donde se nos plantea una pregunta fundamental, hecha por Sigmund Freud hace casi un siglo atrás en su texto *El malestar en la cultura* (1930/1982) “¿Por qué es tan difícil para los seres humanos conseguir la dicha?” resulta el interrogante nodal que guía la lectura de este tratado apresuradamente encasillado como “texto social”.

Dicho escrito pone de relieve el penar estructural que padece el ser humano; en esa distancia entre el placer buscado y el encontrado, los momentos de felicidad resultan instantes cuasi ínfimos. La hiperpotencia de los fenómenos de la naturaleza y el desamparo con el cual el humano llega a la vida encuentran su borde en lo que Freud denomina “cultura”, como intento de veladura de los imponderables de la vida, las enfermedades que azotan al cuerpo, las catástrofes e incluso la muerte. Solamente basta pensar en la cantidad de actividades, valores, artilugios y herramientas que ponemos a servicio nuestro para paliar nuestras limitaciones, desde la domesticación del fuego hasta la construcción de barcos y aviones que permiten avanzar la marcha incluso ante la fuerza del viento y la marea, por mencionar algunos ejemplos del autor. Hoy en día, dichos dispositivos logran emular las facultades humanas del razonamiento y pensamiento por medio de la Inteligencia Artificial, en un movimiento de suposición de saber y aparición de un lenguaje absoluto, sin resquebrajaduras e imposible de tomar distancia; pero ese resulta un tema que reclama una escritura aparte.

Pese a todos estos intentos humanos de bordear el malestar, el mismo nunca se logra sortear del todo y así lograr la tan ansiada armonía; siempre queda un resto. En ese sentido es que Freud señala tres fuentes del “penar” de los seres humanos: la fragilidad de los cuerpos, la mencionada potencia destructora de la naturaleza y la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos con otros. Los impedimentos, prohibiciones y demoras que impone la cultura plantean un irresoluble antagonismo entre las pulsiones y las restricciones de la civilización. “Una satisfacción irrestricta de todas las necesidades quiere ser admitida como la regla de vida más tentadora, pero ello significa anteponer el goce a la precaución, lo cual tras breve ejercicio recibe su castigo”, dice Freud (1930/1982, p. 76). El autor, así, le

anuncia a la humanidad lo difícil que es estar con otros y pone de relieve la paradoja humana de que las normas que nosotros mismos hemos inventado, en realidad, no nos protegen del todo.

Solamente basta pensar en el desencanto que la vida muchas veces genera para darnos cuenta de que el vínculo con los otros quizás sea de las más dolorosas fuentes del malestar y la que más superflua nos parece. Ante dicho dolor, el humano busca diversas salidas, de las más patológicas y toscas (y no por ello menos eficaces) como, por ejemplo, los síntomas y las adicciones; pasando por la soledad y el aislamiento o, por el contrario, en el refugio de masas que suponen las religiones; hasta llegar a la tensión entre los fundamentalismos y el individualismo de nuestra actualidad. El mito de la época, dice Rolnik (1989), es la promesa del paraíso prometido en la tierra, de hacerse uno con el mundo a través de diferentes modos de consumo como sostén de la promesa (p. 20); sentimiento oceánico, la búsqueda imposible de ser uno con el otro.

Sin embargo, Freud plantea que existen, empero, otros caminos mejores para el ser humano. Estos son caminos que toman su riqueza en la creación, con otros. Es así que actividades como el arte y el trabajo operan como destinos de componentes narcisistas, eróticos y agresivos, permitiendo desviar el malestar. El vínculo con otros, así como resulta una fuente de malestar, se ofrece también como salida posible, como vía de los sujetos para hacer algo no enfermante. Tampoco, en ideas de Freud, se trata de alcanzar la felicidad, ya que la misma resulta solamente un fenómeno episódico, sino de que el sujeto pueda, entre ese placer buscado y el encontrado, marcar su posición en la vida. “Cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza” (Freud, 1930/1982, p. 83). La represión del goce sexual y el agresivo es el precio que paga el sujeto inmerso en la cultura para acceder a otros goces, condición indispensable para formar lazo social.

¿Qué lugar ocupan, entonces, los grupos en este entramado? Ante este malestar estructural, los grupos —más específicamente, los grupos centrados en una tarea— se ofrecen como vía de escape ante estas posiciones narcisistas que operan como refugio para el sujeto actual y las posiciones más sacrificiales del superyó, atroz sensación de lo único. En palabras de Jasiner (2008), pensar los grupos como espacio de “alojamiento subjetivo” resulta subversivo a la lógica de nuestra época (p. 69). Es la función del coordinador grupal comprender que, si alguien viene a un grupo, es porque solo no se las está arreglando.

En continuo con esta idea del trabajo con otros como paliativo del malestar, la tarea como proceso creador toma un lugar central. El trabajo compartido, sostener una temática, la producción artístico-sublimante, corre al sujeto de la posición de la autosuficiencia para, en el lazo con otros, salir del eclipsamiento en el cual permanece. La tarea, así pensada, no

descansa en un sentido de productividad, sino que toma un carácter en tanto producción y coproducción (con otros, nuevamente). Introduce tiempo, demora, hasta las frustraciones propias de los procesos de aprendizaje (¿acaso no resulta todo un “esfuerzo”, así, el trabajo en grupo?). Condiciones del trabajo compartido que propician los efectos subjetivos más transformadores.

Como plantea Ulloa (1995), las formas que toma el tormento social de la cultura mortecina y del acostumbramiento ocurren muchas veces a plena luz del día, frente a una sociedad indiferente. Resultan modalidades en las que, para que una persona pueda acceder a un trabajo, a una vivienda digna, a la educación o recuperar la salud, depende de algo o alguien que lo distraja en tanto sujeto. Y ese resulta nuestro punto de partida.

Experiencias de un taller de reflexión

Dentro de sus lineamientos, la Ley de Salud Mental (2010) establece en su artículo 9° que los dispositivos deben estar por fuera del ámbito de internación hospitalario y en el marco de un abordaje interdisciplinario e intersectorial; dispositivos comunitarios e intersectoriales donde se trabaje desde el paradigma de la Salud Mental como construcción, los cuales hoy en día escasean a nivel local. Dentro de este tipo de dispositivos se ubica el Colectivo Crisálida.

Colectivo Crisálida comienza a funcionar en el año 2007, hace 19 años, por lo que su contexto de surgimiento toma lugar previo a la sanción de la Ley de Salud Mental. Dicho dispositivo emerge a partir de una lectura sobre la insuficiencia en la Ciudad de Mar del Plata de dispositivos artístico-comunitarios destinados a personas con padecimiento mental severo en situación de vulnerabilidad social, económica y familiar, que se encuentran por fuera de instituciones de internación y que generen redes de sostén, siendo espacios comunitarios y no pertenecientes a la red de salud formal.

La concepción de Salud Mental dentro de Colectivo Crisálida es entendida como un campo de construcción colectivo, polisémico y transdisciplinario que se erige como resultado de un trabajo interdisciplinario e intersectorial. Dicha definición pone de relieve la complejidad del campo de la Salud Mental y su inabarcabilidad desde una sola disciplina, reclamando de por sí la conjunción de múltiples saberes para su abordaje. Tomando las palabras de Galende (1990), este campo (el de la Salud Mental) debe definirse como:

"...una producción interdisciplinaria —porque ningún saber disciplinar podrá responder a su amplitud— e intersectorial —porque, si bien inherente al sector de la salud, los objetivos enunciados deberán ser abordados a través de las acciones conjuntas de distintos sectores vinculados a los proyectos de bienestar social de la población" (p. 8).

Postura que reclama la conjunción de múltiples saberes y opera como fundamento del trabajo de los coordinadores del dispositivo.

Si se toman las ideas de Loureau (1973) en relación al estudio y la intervención en los pequeños grupos, resulta necesario identificar un aspecto de demanda social como parte del sistema de referencias teórico. Las prácticas técnicas y discursivas que tienen como objeto al grupo siempre surgen para dar respuesta a una demanda social imperiosa. Así es como Colectivo Crisálida, por medio de los lenguajes del arte y la creatividad, apunta a la transformación de la posición subjetiva de las personas con sufrimiento mental, modificando su rol social. Se realiza un pasaje del paciente o del usuario, propio del modelo médico hegemónico, al de sujeto del aprendizaje y agente de transformación cultural, en función a una operatoria reconstitutiva de la posición del sujeto con padecimiento mental severo. La vía artística, además de operar como vía de desagüe del malestar en la cultura, resulta todo un movimiento reelaborativo del sufrimiento; en palabras de Pichon-Rivière (2005), el pasaje de lo siniestro a lo maravilloso, acciones en potencia con una línea estética particular que incide en lo singular, lo grupal y lo comunitario. “Es el triunfo de la vida sobre la muerte, de la salud sobre la locura” (p. 26).

Del modo en que la demanda social es transformada en su carácter político para ajustarla a una teoría y técnica grupales, el dispositivo Crisálida tampoco se vio exento de articular una demanda grupal en una nueva e inédita invención. Fue así que, en un movimiento instituyente, además del trinomio de las Artes Visuales, el Teatro y la Escritura Creativa como oferta de actividades del dispositivo, se inauguró un nuevo dispositivo-taller: el Espacio de Reflexión.

Dicho espacio, en sus fundamentos, se piensa y desarrolla en términos de “dispositivo” (término mencionado a lo largo del escrito, pero nunca definido), como artificio creado, inventado para lograr un objetivo determinado (Agamben, 2007). Dicho artificio se sostiene con base en un tándem coordinador y co-coordinador. Entendido así, queda claro que es el diseño del dispositivo lo que permitirá la visibilización de ciertos aspectos y la exclusión de otros aspectos que lo diferencian de otras clases de dispositivos (terapéuticos, focales, etc.) con la consiguiente posibilidad de su trabajo y elaboración.

Dentro de las especificidades del dispositivo de reflexión, este contribuye a articular y encadenar las significaciones sociales circulantes con la elaboración propia de cada sujeto, permitiendo el reconocimiento de lo singular y la posibilidad de resignificar según la propia historia, así como la implicancia en su significación y sentido producido colectivamente. Si bien el rol del coordinador se pretende en una función de abstinencia, la conformación del grupo no tiene el eje puesto en la elaboración de tensiones, sino en la elucidación de significaciones sociales.

En continuación con tal línea, el coordinador debe garantizar un espacio con reglas específicas y una tarea que permita la circulación de la palabra donde los sujetos puedan trabajar y ser trabajados por la elaboración y transformación de distintas significaciones

sociales. Este posicionamiento se basa en que tanto lo vincular como lo intrasubjetivo no son separables de la elucidación crítica de las significaciones sociales, siendo que no es posible la elaboración psíquica sin tramitación sociohistórica colectiva; nuevamente, remarcando la variable social que atraviesa a los dispositivos de trabajo. La producción de sentido colectiva, entonces, se enmarca en un lugar de protección a partir de poder compartir las diferentes vivencias; a su vez, abre el juego a la conformación de un espacio en el cual se habla frente a un testigo, donde el testimonio permite el pasaje del sujeto singular a una escena social. En definitiva, de una posición individual, que atrapa al sujeto, en el peor de los casos, en el aislamiento, hacia la posibilidad de cocrear con otros por medio de la palabra.

La idea de tarea como ordenador grupal permite la elaboración de diversas temáticas elegidas tanto por elucidación de una demanda, como propuestas desde la coordinación. Derechos Humanos, Salud Mental y estigma resultan algunas de las temáticas que, por medio de distintas técnicas, preguntas, juegos lúdicos y visuales, fueron abordadas dentro del espacio. Temáticas que interpelan tanto por su potencia como por resonancia en los participantes, además de que toman su vigor por el contexto social, económico, político y de salud.

Al momento de trabajar una de las temáticas, el coordinador puede adoptar, en ciertos momentos del desarrollo de la actividad, una función de facilitador. En su animosidad hacia la elaboración de las temáticas, el mismo dirige una operatoria. Cabe aclarar que dirigir no es controlar, sino que se entiende en su función de vector: orienta la conversación, conmueve sentidos cristalizados y anima al intercambio. A su vez, para ocupar el rol, se debe disponer a ir construyendo una lógica sencilla, mínima, de nociones que hereden una llave que permita operar. Provocar una pregunta y generar, a través de distintos recursos, una ruptura de la consistencia monótona. Sin embargo, no resulta una tarea individual, ya que “trabajar” con el otro hace que estos muchas veces funcionen como límite a las posiciones más individualizantes y los discursos narcisistas, y la tarea —en este caso, el sostener la reflexión y la elaboración de una temática— aparece como propiciatoria en ese sentido.

Para uno de estos encuentros se propuso una actividad en torno a la temática “trabajo”. Como recurso disparador, una serie de frases incompletas que promuevan la conversación y la pregunta: “El trabajo es bueno cuando...”, “Cuando pienso en el trabajo se me viene a la mente...”, “El trabajo en mi vida ha sido...”, “El trabajo es malo cuando...”; por mencionar algunos de los cuales, por medio de un collage, adoptaron una forma de colorido acordeón armado colectivamente. Frases que, en lugar de quedarse en un mero coágulo de sentido (por ejemplo, simplemente completando la frase), buscan la apertura de otras dimensiones. Sentidos que circulan y se abren, como, por ejemplo, que “el trabajo

dignifica y otorga sentido” abre el juego a pensar la dicha en la forma de vivir y trabajar. No es casual que este escrito comience con los aportes de Freud en *El malestar en la cultura* y su pregunta por la felicidad humana, por aquello que los humanos dejan discernir en su conducta y que es, en última instancia, alcanzar la dicha y mantenerla (Freud, 1930/1982, p. 71).

Hay otros decires que destacan por su potencia y, sobre todo, porque cargan consigo el peso de una historia. Pensar al trabajo como actividad que, en palabras de un participante, “evita la rumiación y el malestar, poniendo el foco en el aquí y ahora” resulta un dicho que retrata la idea de compartir una tarea, instalar una demora y transformar el malestar de las posiciones más sufrientes para hacerlo causa de un decir y de un deseo. Ponerlo a trabajar, valga la redundancia.

En su faceta de actividad libidinal no resultó inocua la idea del trabajo asociada al esfuerzo, tal como se ha mencionado que supone la idea generalizada en el imaginario de lo que se entiende por “trabajar”. Pero, fundamentalmente, los reparos que debe hacer un coordinador de grupo son pensar quién habla, sobre qué se habla, desde qué lugar y para quién se lo hace. Sujeto contextuado, de la salud mental, de la externación y la psicofarmacología, ¿qué lugar ocupa este sujeto en ese salvaje juego de oferta y demanda del mercado laboral?

Entrar en los pormenores de aquellos discursos que recaen sobre el sujeto con padecimiento mental reclama de por sí un análisis más puntilloso y extenso, pero nos abre el juego a pensar sobre cómo los discursos ordenan la materialidad de la vida cotidiana y social de los sujetos con padecimiento mental.

A modo de reflexión final, es el lugar del coordinador del grupo trabajar en pos de lo inabordable, del inacabable acto de coordinar un grupo; en soportar los misterios y las paradojas. Quizás en el sentido del asombro podremos saber algo de lo que es el alma humana, y eso no es sin transitar trabajosos sendas.

Referencias bibliográficas

Agamben, G. (2014). ¿Qué es un dispositivo? Adriana Hidalgo Editora.

Freud, S. (1982). *El malestar en la cultura*. En *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 21). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).

Galende, E. (1990). *Psicoanálisis y salud mental: Para una crítica de la razón psiquiátrica*. Paidós.

<https://antipsiquiatriaudg.wordpress.com/wp-content/uploads/2015/01/galende-emilia-no-psicoanalisis-y-salud-mental.pdf>

Jasiner, G. (2008). *Coordinando grupos: una lógica para los pequeños grupos*. Lugar.

Loureau, R. (1973). *El análisis institucional*. Amorrortu.

Pichon-Rivière, E. (2005). El proceso creador. Nueva Visión.

Real Academia Española. (s. f.). Trabajo. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 24 de junio de 2026, de <https://dle.rae.es/trabajo?m=form>

Rolnik, S. (1989). Cartografía sentimental: Contemporâneas do desejo. Estação Liberdade.

Ulloa, F. O. (1995). Novela clínica psicoanalítica: Historial de una práctica. Paidós.